



V

La Colegiata. La Cruz del Apostolado. Organización. Ansiedad creciente. Misa solemne. Procesion. Culto publico. Entusiasmo general.

El instante supremo. Ovacion esplendida. Homenaje filial. La Misa de accion de gracias.

El Banquete. Funcion de la tarde. Testimonios publicos de regocijo. Iluminacion en la Capital y en Guadalupe. La Prensa Catolica.



UN NO había anunciado su salida la aurora, y ya el movimiento que agitaba todos los ánimos, salido de madre, se desbordaba por toda la ciudad. Todavía el sol estaba algunos grados debajo de nuestro horizonte, y ya el astro radiante de la alegría se hallaba algunos puntos sobre el nivel de las emociones comunes; y á esta sola consideración, hoy es el 12 de Octubre, el corazón latía con una violencia inusitada.

A las tres y media de la mañana, ya se veían circular por la calle no pocos transeuntes; de las casas cuyas ventanas estaban abiertas, salían los destellos de la luz; y varias personas entre las que iba la que estas líneas escribe, subían á paso rápido la rampa que conduce á la Capilla del Cerrito, que aún estaba cerrada.

Enfrente de la puerta, y cerca de la escalera que da acceso inmediato al atrio de esa capilla, había un grupo de trabajadores, que parecían estar sobre unos andamios: las sombras de la noche no dejaban ver lo que hacían. "Algunos adornos para las fiestas de hoy", era la conjetura que bastaba á satisfacer la no muy grande curiosidad.

En el ángulo N. O. del átrio, junto al muro principal de la capilla, todavía cerrada, un grupo de personas rezaba de rodillas el Rosario: tal vez esta plegaria fué la primera que en ese día en que se debían formular tantas, reflejándose sobre las escarpadas traquitas del Tepeyac, iban á caer á las plantas de María.

A las cuatro, ya las rejas de la Colegiata estaban ceñidas por un compacto y múltiple cíngulo de gente, y por la calzada se veían grupos de caballeros, que de la Capital llegaban á pié á paso acelerado.

Un grupo de Señoras y Caballeros, con fervor creciente y porte edificante, llegó poco después de las cuatro á la Capilla del Cerrito cuyas puertas se abrieron unos minutos después y desde luego se dispuso lo necesario para el sacrificio.

El R. P. Alberto Mir, tan conocido como estimado en todos nuestros círculos católicos, por su notoria virtud, por su no común ilustración, por su predicación enérgica, conmovedora y persuasiva, por su acierto en la dirección de los Ejercicios Espirituales, y más que todo, por la obra insigne que acababa de fundar en nuestro país, el Apostolado de la Cruz, poco después de las

cuatro y media celebró la Misa, en la que distribuyó la Sagrada Comunión á los fieles que allí se encontraban.

El ornamento de que se sirvió, exclusivo del Apostolado, es de color blanco, y la casulla, lleva en la parte de atrás el escudo de esta Asociación, pintado por el Sr. D. Margarito Vela, hábil artista potosino. Con este ornamento celebró la Misa el Ilmo. Sr. Obispo de Chilapa, al erigir el Apostolado é implantar la Cruz en la Hacienda de Jesús María del Estado de San Luis Potosí. Con él también celebró en el Sagrario Metropolitano el 27 de Marzo, en que se hizo en México la erección canónica.

Cuando terminó la misa y la acción de gracias, ya la aurora comenzaba á enrojecer con sus ténues rayos de púrpura aquella cima venturosa; y cuando las sombras de la noche comenzaban á disiparse, llegó el Ilmo. Sr. Obispo de Chilapa, Dr. D. Ramón Ibarra y González, á quien tanto debe la obra insigne del Apostolado de la Cruz.

Los fieles salieron de la Capilla, y á la luz pálida de la aurora, cuya intensidad iba rápidamente creciendo, se vió que la construcción antes mencionada, era la relativa á la colocación de la Cruz, que estaba allí.

El Sr. Obispo Ibarra, el P. Mir, la distinguida, virtuosa y bajo todos conceptos apreciable familia Cabrera en cuyas posesiones de S. Luis se implantó esta cruz por primera vez en nuestro país, y todas las personas que allí estaban, adoraron esta cruz, teniendo la dicha de poner en ella los labios.

Al elevarse la Cruz para colocarla en su pedestal, con la emoción más dulce, con la fe más viva, con la unción más ardiente, con la alegría más pura, con el más justificado entusiasmo, las fervorosas Señoras que allí estaban, entonaron el himno del Apostolado de la Cruz, cuya estrofa dice así:

La Cruz del Apostolado
Es emblema del dolor
Que Jesús Crucificado
Sufrió en ella con amor.
Si de predestinación
Es signo cierto la Cruz,
Quiere confirmar Jesús
Lo que está en mi corazón.

Mientras la gente que rodeaba la Colegiata, aumentaba rápidamente, agitándose al impulso de su creciente ansiedad, la que llenaba el tem-

plo de las Capuchinas edificaba por su fervor religioso.

Como eran tantas las Sociedades que en la Villa estaban, además de los Sres. Canónigos, todos los altares estaban cubiertos de Misas; y en el del Sagrario, casi ni un instante se dejó de administrar la Sagrada Comunión.

Según los datos que pudimos adquirir, en este solo templo cerca de mil personas se acercaron á la Sagrada Mesa, y otras quinientas en la Parroquia y en las Capillas del Pocio y del Cerrito.

La mayor parte de los fieles, preparados por el ayuno que aconsejó nuestro Prelado, se santificaban con el Pan del Cielo para ponerse en aptitud de lucrar las gracias concedidas por nuestro amado Pontífice, y ofrecer á María de Guadalupe un homenaje digno el deseado día de su solemne coronación.

Las ocho de la mañana era la hora designada para comenzar la ceremonia; y poco después de la siete, ya no era posible dar un paso cerca de la Colegiata.

A la gente que había desde la víspera se agregaba la que habían trasportado ciento diez coches del Distrito Federal, de los que setenta y seis eran de primera clase y cuarenta y tres de segunda, (1) doscientos cincuenta y seis carruajes particulares; ciento y tantos de alquiler: varios guayines; numerosos carros y carretas y las innumerables personas, que ya por devoción, ya por falta de vehículo, emprendían la marcha á pie.

Entre los primeros se veían varios grupos en los que, los caballeros, con la cabeza descubierta, iban rezando: algunos, caminaban de rodillas.

Este entusiasmo no estaba localizado en la Villa: puede sin hipérbole, decirse, que era una corriente eléctrica, que de la Villa á la Capital y de la Capital á la Villa, corría por los hilos conductores formados por la gente, sin solución de continuidad: pues en las calles del tránsito de los wagones se veían extensas líneas de personas, elegantemente vestidas, que los esperaban á su regreso par tomarlos por asalto. Lo mismo sucedía cuando se veía aparecer un coche de alquiler, que todos se lo disputaban ofreciendo al conductor retribuciones fabulosas.

La Policía no aumentó como se esperaba, y previamente entraron los gendarmes encargados de cuidar el orden en el interior del templo.

(1). Debo estos datos y los demás correlativos que tendré ocasión de consignar á la fina condescendencia del apreciable Caballero D. Francisco de P. Castillo á quien me complazco en expresar mi agradecimiento.

Casi al mismo tiempo entraron por la puerta que se designó para dar entrada á los sacerdotes, que es la del ábside, doce caballeros, previamente nombrados por el Ilustrísimo Señor Abad para hacer la recepción en las respectivas puertas, en cada una de las cuales estaba un comisionado, un Sacerdote y un gendarme para conservar el orden en el templo.

Los Comisionados eran los Sres. Dr. D. Rafael Lavista, Lic. D. Luis Gutiérrez Otero y D. Claudio Limón y Seguí; D. Angel Lascurain, D. Angel Vivanco, D. Rómulo Escudero, D. Salvador Gutiérrez, D. Juan Lozano Berazueta, D. José M. Soriano, D. Reinaldo Manero, D. Luis N. de Antuñano, D. Francisco Noriega, é Ingeniero de Minas D. Santiago Ramirez, cuyas comisiones estuvieron distribuidas de la manera siguiente:

Para colocar y recibir al Cuerpo Diplomático y Señores Sacerdotes: Sres. Lic. D. Luis Gutiérrez Otero y Dr. D. Rafael Lavista.

Para colocar y recibir las Sras. de la Corona: Sres. D. Rómulo Escudero y D. Angel Vivanco.

Para la puerta lateral del lado de la Epístola: Sres. D. Luis N. de Antuñano y D. Angel Lascurain.

Para la puerta lateral del lado del Evangelio: Sres. D. Claudio Limón y Seguí y D. Juan Lozano.

Para la puerta principal: Sr. José M. Soriano.

Para la puerta de los Señores Sacerdotes: Sres. D. Francisco Noriega y D. Reinaldo Manero.

Para la puerta de los Coloraditos que sirvió de entrada á los Señores Obispos y Señoras de la Corona: Sr. Ingeniero D. Santiago Ramirez.

Para la puerta que está entre la Sacristía y el Sagrario: Sr. Salvador Gutiérrez.

Estos Señores vestían de rigurosa etiqueta, y en el ojal del frac llevaban un distintivo que consistía en una medalla, que tenía en el anverso la Imagen de Guadalupe, y en el reverso San Felipe de Jesús; suspendida de una roseta de color morado y café.

Esta distinción, fué un obsequio que en recuerdo del día se sirvió hacerles el Ilustrísimo Señor Abad.

En punto de las seis y media de la mañana las dos coronas que estaban en la casa del Ilmo. Sr. Abad, cubiertas con lienzos blancos fueron trasladadas en unas andas á la Colegiata, por la

puerta que se designó para la entrada de los Sres. Sacerdotes.

Ya á esta hora el templo estaba completamente arreglado para la grandiosa, solemne y por tanto tiempo y con tanta ansiedad esperada ceremonia que dentro de unas horas iba á tener lugar.

En el Altar Mayor se había colocado debajo del baldaquino, y rodeando el retablo de mármol una plataforma en la que se debía colocar el Ilmo. Sr. Arzobispo para poner á la Sagrada imagen, la corona, sólidamente construida, y cubierta con unas magníficas cortinas de raso rojo que para esto envió la muy piadosa Señora Doña Isabel Lozano Viuda de Betti. A ella se subía por una escalinata que ocupaba la parte de atrás. En el Altar ardían en magníficos candeleros de plata los siete gruesos cirios, que prescribe el ceremonial de los Obispos.

En el Presbiterio, del lado del Evangelio bajo un dosel de raso blanco, estaba la Cátedra Episcopal para el Ilmo. Sr. Arzobispo Oficiante, y los banquillos para los Diáconos de honor y el Presbítero Asistente. En seguida estaban los asientos para los Ilustres Cabildos de la Santa Iglesia Metropolitana de México y el de la Insigne Colegiata de Guadalupe, y para el Coro de este último. En el lado de la Epístola, detrás de los banquillos del Diácono y Subdiácono de la Misa, estaban los asientos destinados á los Sres. Canónigos de las otras Catedrales de la República, los Sres. Curas de México, la Curia Eclesiástica, los Profesores del Seminario.

Los asientos de los Ilmos. Sres. Obispos, que eran de terciopelo rojo, se habían colocado debajo del Presbiterio detrás de la estatua del Ilmo. Sr. Labastida, en una doble línea en forma de semicírculo.

Por último una barandilla de madera, colocada trasversalmente entre las dos puertas laterales dividía el templo en dos departamentos: el destinado á las señoras y caballeros y el del público en general.

A las siete y media próximamente, por la puerta de honor, que es la del Colegio de Infantes, llamado comunmente de «Los Coloraditos», comenzaron á entrar los Sres. Arzobispos y Obispos, cuyos carruajes llegaban á dicha puerta con dificultad; pues aunque sólo estaba destinada para dichos Señores, Cuerpo diplomático, Madrinas y Bienhechores, Notarios y parte del servicio especial del Coro, era inmensa la multitud de gente

que en su justificada ansiedad, buscaba el medio de entrar *por donde pudiera*.

Esta puerta estaba á cargo del Sr. Ingeniero de Minas D. Santiago Ramírez, á quien acompañaba el Sr. Pbro. Dr. D. Francisco Orozco, y á cuyas órdenes estaban dos gendarmes de á pie y un piquete de gendarmes de á caballo, en la parte de afuera. Estos últimos, cada vez que un carruaje se acercaba tenían que abrirle paso por entre aquella apiñada multitud, que se cerraba detrás del coche, como las aguas del mar, detrás del buque cuya quilla las ha abierto con su marcha.

Las Madrinas y demás personas que tenían derecho á entrar por esa puerta, presentaban una tarjeta del Ilmo. Sr. Abad, á cuya vista se les franqueaba el paso; y presentándola después al Sr. D. Salvador Gutiérrez, á cuyo cargo estaba la puerta que se comunica por la Capilla del Sagrario, con el templo, pasaban á ocupar en él sus asientos, que les designaban los comisionados de la colocación.

También entraron por dicha puerta los miembros del Orfeón de Querétaro, que iba designando el Sr. Director, Pbro. D. José Guadalupe Velázquez, y veintiocho indígenas cuyos asientos estaban debajo del cuadro del Primer Milagro.

La presencia de estos indígenas fué debida al pensamiento que tuvo el Ilmo. Sr. Obispo de Chilapa Dr. D. Ramón Ibarra y González, de que asistieran unos indios de Cuautitlan, en representación de su raza y del lugar en que nació Juan Diego; y aprobado por el Señor Abad, y para realizarlo encargó al Señor Don Santiago Béguerrisse que organizara una peregrinación, con número de veintiocho, que es el de los Episcopados de la República.

Todos se presentaron en su traje propio, con la mayor limpieza, llevando en el pecho una imagen de la Virgen de Guadalupe.

Por la puerta de la Colecturía, que servía para las señoras, que estaba á cargo del Sr. D. Angel Lascurain que se abrió á las siete y media, entraron en agitada corriente, las más distinguidas de nuestras damas, vestidas de negro, en elegante traje de Iglesia.

Algún tiempo después se abrió la puerta destinada á la entrada de los señores y éstos se precipitaron como un torrente, determinando por algunos minutos el desorden: el entusiasmo y la ansiedad creemos que pueden servir de disculpa á esta involuntaria falta de reverencia.

Los instantes volaban, y la secuela de las ceremonias tenía que seguir.

Una Comisión compuesta de los Sres. Dres. D. Luis Orozco y D. Aristeo Aguilar, recibía en el interior del templo á los Sres. Obispos, que al llamado del Maestro de Ceremonias, entraron procesionalmente, vestidos de roquete, capamito, capa pluvial blanca, Mitra y báculo, y fueron á ocupar sus respectivos asientos, en cada uno de los cuales estaba una tarjeta con su nombre, y al pie un cojín de terciopelo carmesí.

Las capas eran todas iguales, bordadas de oro, y teniendo en la parte de atrás, el monograma de María. Las mitras eran preciosas y los báculos de un trabajo exquisito.

El primer Obispo que se vió aparecer en el templo, fué el Ilmo. Sr. Luque.

Con el continente majestuoso, el porte grave, la marcha reposada, y revestidos con las significativas insignias de su encumbrada dignidad, fueron desfilarando treinta y ocho Prelados Nacionales y Extranjeros, al pie del Altar en el que se eleva la Madre tierna de los mexicanos, Santa María de Guadalupe.

Acababan de dar las ocho y media cuando se presentó en el Presbiterio el Ilmo. Sr. Dr. D. Próspero M. Alarcón y Sánchez de la Barquera, Arzobispo de México y Delegado de la Santa Sede para coronar nuestra venerada imagen, revestido de Capa Magna encarnada, y rodeado de su séquito que debía servirle en esta solemnidad, y estaba formado por las personas siguientes. (1)

Diácono de la Misa.—Sr. Lic. D. José M. García Alvarez, Arcediano de la Catedral de México.

Subdiácono de la Misa.—Sr. Canónigo de la misma Catedral, Dr. D. Ambrosio Lara.

Diáconos de honor.—Sres. Canónigos D. Manuel M. Herrera y D. Vicente Estrada.

Presbitero Asistente.—Sr. Prebendado D. Gerardo Herrera.

Primer Maestro de Ceremonias.—Sr. Dr. D. Antonio J. Paredes.

Segundo Maestro de Ceremonias Sr. Dr. D. Leopoldo Ruiz.

Porta-Mitra.—Sr. Dr. D. Francisco Orozco

Porta-báculo.—Sr. Pbro. D. Rafael Calderon.

Clérigo del libro.—Sr. Dr. D. Juan Herrera.

(1). El Sr. Dr. D. Antonio J. Paredes, Primer Maestro de Ceremonias, tuvo la amabilidad de poner en mis manos con la licencia respectiva, la Memoria inédita, que por encargo de la Sagrada Mitra escribió, sobre esta notable ceremonia, y de ese interesante documento he tomado éste y otros datos.

Clérigo de la Vela.—Sr. Dr. D. José M. Bustamente.

Clérigos de honor.—Sr. Cura D. Miguel de los Santos Contreras y Sr. Pbro. D. Miguel Plancarte.

Turiferario.—Sr. Dr. D. Felipe Pineda.

Acólitos.—Sres. Pbro. D. Juan García y D. Vicente Aceves.

Crucífero.—Sr. Pbro. D. Cruz Aguilar.

Familiares nobles.—Sres. D. Rafael Angel de la Peña y D. Luis A. Aguilar.

Después de una breve oración, el Ilmo. Sr. Arzobispo de México subió al Trono, y entonó la *Nona*, que fué la del día, y desempeñada por el Coro de la Colegiata; y mientras se cantaba, el Ilmo. Sr. Oficiante rezó la preparación para la Misa y se revistió de los Ornamentos Pontificales para concluir esta Hora Canónica y bendecir las coronas.

Pero antes de comenzar la *Nona* se cerraron las puertas del templo, que estaban llenas de gente, que ejercía su presión sobre los muros, como un líquido sobre las paredes del vaso que lo contiene; y fué tal esta presión, que la barandilla de madera que dividía el templo, fué hecha astillas, quedando mezclada la concurrencia.

Terminada la *Nona*, se llevaron al Altar, procesionalmente las Coronas.

Presidía la procesión el Ilmo. Sr. Abad, vestido de Sobrepelliz; llevando á su izquierda á uno de los Comisionados; el que tenía á su cargo la puerta de honor, que quedó definitivamente cerrada.

En seguida la Corona de gala, sobre andas de terciopelo carmesí con varillas de oro, llevada por las Sras. siguientes que hicieron la donación: Doña Susana Pesado V. de Teresa; Doña Esther Pesado V. de Villaurrutia; Doña Manuela Cortazar V. de Cervantes; Doña Guadalupe Gourgues de Aceves; Doña Luisa G. V. de Velázquez; Doña Guadalupe Escandón de Escandón; Doña Isabel Lozano V. de Betti; Doña Dolores Barros de Rincón Gallardo, Doña María Barron de Escudero; Doña Loreto Casanova de Linares; y Sritas. Doña Carmen Pesado y Doña Guadalupe Peña.

Y detrás de ésta, la Corona de Plata que ha de estar constantemente colocada sobre la imagen, en andas iguales, llevada por las Sritas. donantes María de la Luz Díaz, María Escandón, Dolores Elguero, Concepción Roa, Angela Lascurain, Guadalupe Rincón Gallardo, Guadalupe Caballero, Sara Vivanco, Concepción Escudero, Paz Fer-

nández del Castillo, Matilde Cervantes y Eufemia Janes Patralló.

Al llegar á la escalinata del Presbiterio, del lado del Evangelio tomaron la primera Corona los Sres. Clérigos de honor Pbro. Contreras y Plancarte, y la segunda los Pbro. García y Aceves, Acólitos, y las colocaron ante las gradas del trono para que las bendijera el Ilmo. Sr. Arzobispo quien las recibió de manos del Ilmo. Sr. Abad, á nombre de las Sras. y Sritas. donantes, que las entregaron en virtud de Escritura Pública de que dieron Fé los Notarios Públicos Sres. D. Manuel Monterrubio y Poza y D. Juan M. Vilella, que se hallaban colocados al pie de la pilastra que está contigua al ambón de la Epístola.

En seguida el Sr. Arzobispo, puesto en pie rezó la oración siguiente:

Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios, no desprecies las oraciones que te hacemos en nuestras necesidades; antes bien libranos de todos los peligros, oh Virgen gloriosa y bendita: Nuestro auxilio está en el nombre del Señor Que hizo el Cielo y la Tierra. El Señor sea con vosotros Y con su espíritu.

Oremos.—Omnipotente y sempiterno Dios, por cuya clementísima dispensación todas las cosas han sido hechas de la nada, rogamos instantemente á su magestad que se digne bendecir y santificar á esta Corona destinada al ornato de la Sagrada Imagen de la Madre de tu hijo. Por el mismo Jesucristo Señor Nuestro, que contigo vive y reina en unión del Espíritu Santo, Dios por todos los Siglos de los Siglos. Así sea

En seguida la roció con agua bendita y la incensó dos veces.

Acto continuo se colocó un Misal abierto en el faldistorio que estaba frente al Altar; y puesto de rodillas ante él el V. Cabildo de la Colegiata, el Ilmo. Sr. Abad, D. Antonio Plancarte y Labastida, con voz firme, como la que expresa una convicción; y conmovida, como la que traduce un sentimiento, pronunció en latín el juramento siguiente, en medio de un silencio respetuoso.

“Nosotros el Abad, Canónigos y Prebendados que actualmente componemos el Capítulo de esta Insigne Colegiata, reconocidos á la bondad con que la piadosísima Virgen nos ha distinguido, al permitir que viésemos este hermosísimo día, prometemos y confirmamos nuestra promesa, con la religión del juramento, que en lo de adelante nada atentaremos de palabra, ni por escrito, ni de hecho en contra de la Aparición de la Bienaventurada Virgen en la Colina del Tepeyac; y que con todas nuestras fuerzas procuraremos conservar esta misma corona sobre las sienes de la misma Venerable Imagen.

AUTOGRAFO DEL ILMO. SR. OBISPO DE ARIZONA.

Episcopal Residence. Tucson, Arizona, Nov. 11 1895

El pueblo
 que abarca en su pecho tan entrañable amor
 y tierna devoción a la Reina de los Cielos
 como de ello es tan incontestable prueba
 en el magnifico santuario ^{del} en la falda del
 Despeque en la ambigua corona que circunda
 el celestial rostro de aquella que se retiró
 a sí misma en la tumba de Juan Diego y
 en las esplendidas festividades que con
 lustro en la coronación se celebraron en el
 inabundante día 12 del mes de mayo es bendito
 y privilegiado entre todos: en brase del
 corazón de su Madre manaron hacia el
 raudales de gracias en retorno de tanto
 amor y tan fuerosa devoción. Mel enhorabuena
 a los dichuros hijos de la Madre Guadalupe.

+ P. Bourjade
 Ob. Vic. Ap. de Arizona
 E. U.

AUTOGRAFO DEL ILMO. SEÑOR OBISPO DE BROWNSVILLE.

+ Pedro Verdague
 Vicario Apostolico de Brownsville
 Texas

Para concluir el juramento, el Ilmo. Sr. Abad y sucesivamente los Sres. Capitulares, poniendo la mano derecha sobre el Misal dijeron: *Sic me Deus adiuvet, et hoc Sancta Die Evangelio* "Así me ayude Dios y estos santos Evangelios".

Después de esto el Sr. Lic. D. Manuel Monterrubio y Poza dió lectura en latín al Acta que acababan de levantar, y el Sr. Lic. D. Juan M. Villela, hizo la misma lectura en castellano.

Siguiendo el orden establecido en el ceremonial, en este momento debió hacerse la procesión; pero se juzgó prudente aplazarla para después de la Misa, por las dificultades que presentaba el paso entre aquella masa compacta que llenaba el templo, por lo que las coronas fueron puestas en dos mesas colocadas á los lados del Altar Mayor, debajo del baldaquino.

Comenzó la Misa, que fué votiva solemne de la Bienaventurada Virgen María de Guadalupe, cuya parte musical fué desempeñada por el Orfeón Queretano, que ejecutó magistralmente la Misa de Palestrina titulada *Ecc ego Joannes* á seis voces.

En el Ofertorio se cantaron los siguientes dísticos de S. S. León XIII, puestos en música por el Sr. Pbro. D. José Guadalupe Velázquez, Director del Orfeón:

Mexicus hic populus mira sub imagine gaudet
 Te colore alma parens presidioque fruí
 Per te sic viget felix, teque auspice Christi
 Immotan servet firmior usque fides.

LEO P. P. XIII.

Imaginé Auguste Marie Domine Nostrae Guadalupe in México subscribendum.—Romae ex rebus Vatic. die XXVI Feb. an MDCCCXCV.

México, 9 de Octubre de 1895.—Zim.

Cuya traducción, hecha por el Ilustrísimo Señor Obispo de Querétaro, dice así:

En admirable Imagen,
 Oh Santa Madre Nuestra!
 El Pueblo Mexicano
 Gozoso te venera.
 Y tu gran patrocinio
 Con gozo y gratitud experimenta.
 Feliz y floreciente
 Por ti así permanece;
 Y mediante el auxilio
 Que benigna le prestas,
 La Fe de Jesucristo
 Fija conserve con tenaz firmeza.

Concluida la Misa, y restablecido el orden en el templo, se dispuso la procesión en el orden siguiente:

Cruz alta, Ciriales, Pértigo y niños del Coro de la Colegiata.

Señores Sacerdotes de esta Metrópoli y de Clero de todas las Diócesis de la República.

Señores Capitulares de los Cabildos de la Catedral y Colegiata.

Las coronas llevadas por los Sacerdotes que antes las subieron al Presbiterio.

Los Comisionados para el orden del templo.

Los Obispos en el orden de su antigüedad.

Seguían los Sres. Obispos Extranjeros y cerraba la procesión el Ilmo. Sr. Arzobispo de México, Dr. D. Próspero M. Alarcón, quien entonó el Himno *Oh gloriosa Virginum*, que continuó el Coro.

La procesión recorrió la nave central; pasó en seguida á la del Evangelio, y salió, por la puerta del lado Poniente, al atrio que estaba lleno de señoras y caballeros, que no pudieron entrar al templo, y que formaban valla de uno y otro lado.

Como las rejas del atrio se habían cubierto con madera, para evitar la infracción de las leyes de Reforma, que ocasionaría el hecho de que desde la calle se pudiera ver la procesión, la gente que estaba afuera mostraba por señales visibles su ansiedad: las mujeres aplicaban el ojo á las junturas de las maderas; los hombres, subiendo por las varillas de la reja, coronaban la parte superior.

Recorrió todo el atrio, y entrando por la misma puerta se dirigió al Presbiterio.

Quando comenzó la procesión, un repique á vuelo, en el que las campanas, palpitando de alegría, parecían conmovidas á la acción enérgica que de tantos corazones brotaba, y comunicaban una dulce armonía á sus entusiastas vibraciones, contribuyó á la solemnidad de este acto, en el que la aurea diadema, que unos instantes después iba á santificarse con un contacto divino, iba á ser el objeto de todas las miradas, y á recibir, para colocarlas entre sus joyas, las plegarias, los afectos, los votos y el amor de todo un pueblo.

En estos instantes tuvo lugar una escena tierna, grandiosa, sublime, entusiasta, conmovedora y en alto grado significativa que no es dado á la pluma describir.

Como fácilmente se comprende, no toda la gente que fué á la Villa pudo entrar al templo; y la plaza, las calles, las calzadas, el cerro, las subidas, las azoteas y balcones, todo, todo, todo, estaba lleno de gente, cuyo número, según cálculo que merece fe, y hecho con datos rigurosamente admisibles, pasaba de diez mil personas.

Todos estaban pendientes de alguna señal

que les indicase el momento de la Coronación, y esta señal creyeron verla en el repique.

En ese instante, como movidos por un resorte, todas las cabezas se descubrieron, el silencio más profundo reinó en todas partes; y los transeuntes en las calles; los cocheros en sus pescantes ó en sus plataformas; los comerciantes en la puerta de sus tiendas ó de sus comercios ambulantes, todos sin excepción, cayeron de rodillas; y en un grito fervoroso y entusiasta, inspirado por el amor á María, se escuchó esta sencilla plegaria tantas veces repetida en estos renglones: Salve, Augusta Reina de los Mexicanos.....

En aquellos momentos, en que millares de millares de rodillas tocaban el suelo; de ojos que estaban humedecidos por las lágrimas; de labios que formulaban fervientes oraciones, la inmensa extensión que ese inmenso gentío ocupaba, estaba convertida en un templo.

Este homenaje, Madre mía, tan puro, tan sincero, tan entusiasta, tan espontáneo, tan general, tal vez te desagrávió de las ofensas, que periódicamente y en los días mismos en que se celebran tus glorias y se recuerdan tus beneficios, te lanzan con sacrilega mano los vicios!.....

Cuando al final de la procesión, llegaron al Altar los Sacerdotes que llevaban las coronas, el primer Maestro de Ceremonias tomó la corona de oro y la puso en el Altar, mientras el Ilustrísimo Señor Arzobispo entonó el *Regina Cali* que ejecutó el Orfeón con la música á cuatro voces de Lotti.

Entretanto, el Primer Maestro de Ceremonias, ayudado del Sr. Cura D. Miguel Contreras y del Sr. Pbro. D. Joaquín Torres, subió la Corona hasta la plataforma, depositándola á los pies de la Sagrada Imagen, y pasando en seguida al Trono para conducir al Ilustrísimo Señor Arzobispo de México, al sitio que le correspondía ocupar para hacer la Coronación.

Como este acto iba á efectuarlo el Ilustrísimo Señor Arzobispo á nombre, en representación y por delegación del Santo Padre, se creyó conveniente que el Episcopado Mexicano tuviera participación en él; y con este motivo se dispuso que el Ilmo. Sr. Arzobispo de Michoacán, Dr. D. Ignacio Arciga, que era el único que estaba presente de los tres que pidieron á la Santa Sede la gracia de la Coronación, ayudara á colocar la corona; y en virtud de esto, el Segundo Maestro de Ceremonias, Dr. D. Leopoldo Ruiz hizo la invitación respectiva á dicho Ilustre Prelado.

El momento solemne se acercaba. Los dos

Ilustres Arzobispos se despojaron de la Capa quedando sólo con el alba..... Con paso lento se acercaron á la plataforma..... la palidez les cubría el semblante..... sus manos temblaban..... sus corazones latían y la emoción los dominaba por completo.....

Si en un aeróstato se hubiesen elevado hasta los límites de la atmósfera, no se habrían visto rodeados de un silencio tan grande, tan completo, tan imponente, tan significativo, tan conmovedor; y sin embargo, se extendían á sus pies millares de corazones que sentían, de cerebros que pensaban, de ojos que estaban pendientes del menor de sus movimientos.

Tomando el Ilmo. Sr. Alarcón el lado del Evangelio, y el Ilmo. Sr. Arciga el de la Epístola, desaparecieron tras del Altar.....

Oh Pastores venturosos! os dejará la emoción subir esas gradas que os separan de nuestra Imagen tan querida? ó rompiéndose el corazón os llevará vuestro ángel á los pies del original del que tal vez estáis más cerca?.....

Cuántas horas pasaron desde que tan respetables figuras desaparecieron tras del Altar?

Que respondan por nosotros los millares de corazones que la ansiedad despedazaba.

Por fin aparecieron simultáneamente en la plataforma, los dos Arzobispos; y nuestro querido Metropolitano, quién sabe si por desahogar un sentimiento que en su corazón se desbordaba; quién sabe si por desempeñar cerca de la Madre un deber que le imponían esas excepcionales circunstancias respecto de sus hijos; quién sabe si cautivado por ese conjunto de belleza, de amor y de gracia que tenía delante; quién sabe si por obediencia á una inspiración secreta, sobrenatural y divina, ¡oh dicha suprema! besó con efusión el apacible rostro de María.

Ese beso fué el arranque más expresivo de la piedad filial; ese beso fué el testimonio más irrecusable del amor; ese beso fué la manifestación más elocuente de la creencia; ese beso fué como el lazo de unión con que á la Protección de su Santísima Madre ligaba á sus dóciles ovejas.

Pero ese beso, Pastor Ilustre, no es sólo vuestro; es de todos nosotros: es la expresión de nuestros propios sentimientos; la manifestación de nuestra ternura; el homenaje de nuestra adoración; la aspiración común de todas nuestras almas.

Por eso deslumbró como el relámpago tantos millares de ojos que comenzaban á humedecerse; por eso encendió nuestros espíritus, como la chis-



VISTA DE LA COLEGIATA EN EL MOMENTO DE LA CORONACION

pa eléctrica al encontrar establecido el circuito; por eso conmovió todos los corazones, que ya no cabían dentro del pecho, y que se hacían pedazos al impulso de un mismo sentimiento.....

El momento solemne llegó al fin..... los Ilmos. Sres. Arzobispos se inclinan..... al levantarse, la corona se ve sostenida por sus manos..... la elevan á la altura de la Augusta cabeza..... la suspenden del gancho de oro colocado *ad hoc* entre las manos del Angel que se halla sobre el cuadro, y bajo el peso de una emoción que no tiene nombre, caen de rodillas á sus plantas.....

Aquí la pluma cae de nuestra mano; aquí la voz se anuda en la garganta; aquí la palabra espira en los labios; aquí las lágrimas resbalan de los ojos sin que nos sea posible contenerlas; aquí las fibras del corazón se rompen; aquí este mismo corazón estalla.....

No fué tan violenta la roca de Horeb para lanzar sus aguas milagrosas sobre la multitud sedienta, al llamado de la vara del autorizado legislador Hebreo; no es tan rápido el rayo para rasgar la nube que lo engendra cuando se ponen en contacto los dos fluidos de signos contrarios: no es tan pronto el ¡ay! . . . que lanza el labio cuando un agudo dolor afecta el cuerpo, como lo fué la explosión que hizo el sentimiento religioso por tanto tiempo reprimido; que subió de punto durante las ceremonias que tuvieron lugar en ese día inolvidable, y que en aquel momento supremo, llegó á su máximo, rompió los diques que lo detenían dentro del pecho, excedió los límites dentro de los que se pueden encerrar las manifestaciones del alma, y estalló en un movimiento que no tuvo nada de humano, pues fué un arranque del amor divino.

Un Viva agudo, penetrante, enérgico vigoroso, atronador, indefinible brotó de todos los labios, armonizado por los más hondos suspiros que exhalaban todos los pechos y por los latidos que despedazaban todos los corazones... Viva... Madre... María... eran las palabras que podía escuchar el oído en aquel himno del alma; en aquel desborde del sentimiento; en aquel arranque de entusiasmo; en aquella manifestación de fe; en aquel testimonio de ternura; en aquel homenaje de amor.... Y este grito se exaltaba, se sostenía, se perpetuaba, robusto, sostenido, vigoroso, interminable, y para expresar una emoción tan grande, insuficiente; pues mientras todos los labios gritaban, todas las manos aplaudían, y todos los ojos derramaban lágrimas.

Los Obispos con las rodillas en el suelo, las

frentes inclinadas, y destilando de sus ya cansados ojos, lágrimas de ternura, estaban tan inmóviles por la emoción, como la estatua de su inolvidable hermano, nuestro amado Arzobispo! y en aquellos instantes venturosos, sin la más ligera hipérbole lo decimos, pues con la más profunda convicción lo aseguramos; todos los fieles que tuvieron la dicha de hallarse en ese templo, no permanecieron en la tierra; todos sintieron un destello de la bienaventuranza; todos contemplaron un trasunto del Cielo. Eran las 11 45 minutos de la mañana!

Nosotros creemos con una alma piadosa que nos comunicó este pensamiento, que en aquellos instantes únicos en la historia de México, la Virgen Santísima bajó del cielo, y vino á recibir este homenaje. Y tiene que haber sido así: porque solo al contacto de esta Madre, pudo sentir de este modo el corazón de los hijos. ¡Oh Madre de las Misericordias, Madre de las gracias, Madre de los pecadores, Madre de los afligidos, Madre nuestra! Nosotros vemos á la luz de la Fe que alumbró lo insondable, y con los ojos del corazón que penetran lo misterioso, que Tú en aquellos instantes felices que ahora recordamos, y que nunca olvidaremos, con amor verdaderamente divino, y con ternura verdaderamente maternal, nos sonreíste complacida al presenciar nuestro febril entusiasmo; y acariciaste nuestra frente, cuando pusimos en la tuya la corona.

Desde entonces hemos sentido una transformación ventajosa, pues nuestra alma se ha abierto á la esperanza; porque creemos,—y ojalá que no estemos engañados—que á todos los que en ese momento de ventura, radiantes de placer te vitoreamos, nos has inscrito en el Libro de la Vida.

Haz, oh Madre, que no borre de él nuestro nombre el pecado y por el instante de tu coronación memorable, ampara á tus hijos, gobierna á tus vasallos, protege á tu Nación, salva á tu pueblo.

En la Historia Eclesiástica se registra un hecho semejante á este, que en nuestra historia no lo tiene, que viene á confirmarnos en esta consoladora creencia.

Refiere San Basilio que cuando Santa Elena, después que tuvo la dicha de encontrar la preciosísima reliquia de la Santa Cruz, se dirigió á ella para adorarla y besarla, acompañada de toda su Corte, una multitud inmensa de gente, se apiñaba deseosa de tomar parte en esta piadosa manifestación.



Archbishop's
House.

Santa Fe, N. M., 27 De Octubre 1895

Soy cierto que la solemne consagración de Nuestra Señora de Guadalupe es una señal clara y segura que muestra bendita Madre emparara en el porvenir con mas cariño aunque en tiempos pasados no solamente a la nación Mexicana pero tambien a los católicos de la misma raza que viven en el Nuevo Mexico.

*+ Plácido L. Chapelle,
Arzobispo de Santa Fe.*

Su número hizo irrealizable su deseo, por lo que se manifestaban contentos con solo ver el Sagrado Madero.

Acogida favorablemente esta petición por la Santa Reina, el júbilo de la multitud no conoció límites; y su ansiedad, tan grande y tan justificada como su júbilo, óo creemos que haya podido compararse á la que dominaba á la multitud de fieles, que apiñados á las plantas de María, llenaban su templo en los momentos dichosísimos á que nos han trasportado los recuerdos.

Todos los fieles esperaban; todos los corazones latían; todos los ojos estaban fijos en un punto; y cuando al fin se elevó el Santo Madero, todas las rodillas se doblaron, todos los ojos se hu-

medecieron, y de todos los labios se lanzó este grito que aún ha llenado los siglos del pasado y llenará los del porvenir: *Kirie eleison.*

Y ese grito, ese entusiasmo, esa ansiedad, esas lágrimas, esos sollozos, fueron debidos á la presencia visible de la Cruz del Hijo, como en nuestro caso fueron debidos á la presencia invisible de la Madre.....

Cuando pasada la primera impresión del primer momento, cuyas manifestaciones se repetían y se prolongaban, se pudieron poner en orden las ideas, aparecieron en todos las manos, trémulas por la emoción, las hojas en que estaba la plegaria del Ilustrísimo Sr. Obispo de Querétaro, que circuló con profusión.

Y ya que tantas veces hemos mencionado esta plegaria, creemos necesario, puesto que escribimos historia, señalar su verdadera fuente.

Como lo hicimos notar en el lugar respectivo de esta crónica, el Programa de aquel Ilustrísimo Señor Obispo, fué iniciado por el Ilustre Abad de la Colegiata, causa y centro de tan excepcional movimiento.

Dicho programa, lo terminaba el Ilmo. Sr. Plancarte con esta expresiva plegaria, que encierra una salutación, precisa la advocación de Guadalupe, renueva el juramento del Patronato, confiesa la maravillosa Aparición y termina con una plegaria.

« ¡Salve, Augusta Reina de los Mexicanos, Madre Santísima de Guadalupe, Salve!

« Ante tu excelso Trono y delante del Cielo, renuevo el juramento de mis antepasados, aclamándote Patrona de mi Patria México; confesando tu milagrosa aparición en el Tepeyac, y consagrándote cuanto soy y puedo.

« Tuyo soy, Gran Señora, acéptame y bendíceme. »

La modificación que le hizo el Ilustrísimo Señor Obispo, tal vez tuvo por objeto hacer que con más facilidad se grabara en la memoria.

Los Señores Arzobispos tomaron su capa y el Ilustrísimo Señor Arzobispo de México, sofocando su emoción, con la mano estendida pronunció más con el corazón que con los labios estas palabras de la liturgia: « Así como por nuestras manos eres coronada en la Tierra, así merezcamos ser coronados por Cristo de gloria y honor en el Cielo » incensando tres veces el Altar.

Después de recitadas las oraciones, el Ilustrísimo Sr. Arzobispo entonó el *Te Deum*; que fué seguido por el Orfeón con canto Gregoriano.

Concluido el *Te Deum*, los Señores Obispos, al retirarse, desfilaron delante de la Sagrada Imagen, depositando á sus piés el báculo en señal de adhesión, y de que le consagraban sus diócesis, poniéndolas bajo su protección.

El ornamento con que celebró el Ilustrísimo Señor Arzobispo, es de raso blanco y fué pintado por el hábil dibujante y ferviente católico D. Angel Vivanco.

Después que esta función hubo concluido se mandó despejar la Iglesia, con el objeto de que los fieles que por no haber podido entrar se quedaron fuera, asistieran á la Misa Solemne de Acción de Gracias, que celebró el Ilmo. Sr. Obispo de Panamá, Dr. D. José Alejandro Peralta, en la que sirvió de Asistente el Sr. Dr. D. Leopoldo

Ruiz; de Diácono el Sr. Dr. D. Antonio J. Paredes y de Subdiácono el Sr. Dr. D. Francisco Orozco.

En la parte musical esta Misa fué la llamada *In. Nov. J. Cordis Jesu*, 4 veces, de Singerberger. Después del Ofertorio, *Ave María*, 2 veces con órgano, Rheinberger. Las partes variables de la Misa, Canto Romano.

Terminada la Misa, el Ilmo. Sr. Obispo de Querétaro, D. Rafael S. Camacho, exhortó á los fieles á rezar en común la ya conocida plegaria; que con tanta fe como entusiasmo, y tanta ternura como amor, rezaron todos en voz alta, produciendo esta uniformidad de sentimientos, de palabras y de afectos, un conjunto encantador.

También recitó el Ilustrísimo Señor Obispo la traducción que hizo de los dísticos de S. S. León XIII, el Ilmo. Sr. Arzobispo de Guadalajara.

Los Notarios Públicos D. Alfredo Violante y D. Domingo Barrios Gómez, comisionados por el Ilustrísimo Señor Arzobispo, levantaron cada uno una acta del tenor siguiente:

« En la Ciudad de Guadalupe Hidalgo de este Distrito Federal, á los doce días del mes de Octubre del año mil ochocientos noventa y cinco: Yo, Alfredo Violante, Notario Público, Certifico: que siendo las ocho y cuarenta y cinco minutos de la mañana se constituyeron en la Basílica de Santa María de Guadalupe el Ilustrísimo Señor Don Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera, Arzobispo de México; y los, también Ilustrísimos Arzobispos y Obispos de la República y de algunos países extranjeros que subscriben esta acta; el dignísimo Obispo de Constanza, Abad Mitrado de la Insigne Colegiata; el Venerable Cabildo de la Catedral Metropolitana de México; el de la Colegiata; los Señores Curas Párrocos de la Arquidiócesis, algunas dignidades de Arquidiócesis y Diócesis Foráneas, numerosos Sacerdotes del Clero regular y secular y en presencia de los fieles que llenaban las naves de la Basílica; se dió principio á la Ceremonia de la Coronación de la Imagen de la Santísima Virgen de Guadalupe. El Metropolitano de México entonó la *Nota* y en seguida Monseñor el Abad Don Antonio Plancarte y Labastida hizo entrega de la régia Corona al Ilustrísimo Arzobispo de México quien recibió del Cabildo de la Insigne Colegiata la protesta de retenerla y conservarla sobre la Augusta cabeza de la Imagen de Santa María de Guadalupe. Acto continuo se dió lectura al acta respectiva y al breve de Su Santidad León XIII sobre la Coronación. Dispensada por el Prelado Metropolitano la bendición de la Corona fué ésta llevada en procesión con pompa en medio de cirios; ántes de la cual dió principio la misa de pontifical. El Ilustrísimo Señor Doctor Don Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera, Arzobispo de México, á horas que son las once y cuarenta y cinco minutos, impuso la Corona sobre la cabeza de la Venerada Imagen de la Santísima Virgen, entonándose acto seguido el *Te Deum* y dándose por terminada la ceremonia. Los Prelados asistentes depositaron báculos y mitras ante la Virgen.

Y á pedimento del mismo Arzobispo de México queriendo perpetuar acto tan solemne, se levantó la presente, que fué suscrita por los Prelados oficiante y asistentes, en presencia de los testigos D. Luis, D. Juan y D. Manuel Aguilar; Licenciado D. Luis Gorozpe y D. Claudio Limón y Seguí, D. Reinaldo Manero y D. Ismael Villar, todos mayores de edad, vecinos de este Distrito Federal, Diputado al Congreso de la Unión el primero, casado, con habitación en la casa número siete de la quinta calle del Relox, sol-

Desde mi juventud aprendí á venerar con especial culto y á invocar con filial afecto á nuestra Señora de Guadalupe de México, y debido á esto ni la distancia, ni los peligros de una larga navegación en el aciago mes de Octubre pudieron hacerme de venir á ofrecer un grano de arena en la coronación de la augusta Reina y Madre de los Mexicanos, á la vez que he considerado como un favor singular del cielo el que me hubiera cabido en suerte el presenciar tan solemne y memorable fiesta como representante de todo el Episcopado Sud-americano.

+ José Alejandro, Obispo de Panamá.

México, Octubre de 1895.

teros los demás testigos con excepción del Señor Manero, comerciantes los Señores Aguilar, con habitación en la casa número 1 de la calle de Santa Catalina de Sena, el Señor Gorozpe, con habitación en el Hotel Iturbide, el Señor Limón, con habitación en la casa número dos de la tercera calle del Ciprés; el Sr. Manero, casado, comerciante, con habitación en la casa número quince de la primera de la Industria y el Sr. Villar comerciante, con habitación en la casa número cinco de la Perpetua. De todo lo cual doy fé yo el Notario.

+ Próspero María, Arzobispo de México.

Siguen las firmas."

A su vez, los Notarios Públicos, Lic. D. Manuel Monterrubio y Poza y D. J. M. Villela, levantaron el acta que sigue;

"El doce de Octubre de mil ochocientos noventa y cinco, en la Insigne y Nacional Colegiata de Santa María de Guadalupe, en la República Mexicana, ante cuarenta Ilustrísimos Prelados de ambas Américas y ante un numeroso concurso de personas notables y del pueblo de la Nación Mexicana; las Señoras Susana Pesado de Teresa, Esther Pesado de Villa Urrutia, Isabel Lozano de Betti, Luisa González de Velázquez, María Guadalupe Gourgues de Aceves, María Bérron de Escudero, María Loreto Casanova de Linares, Manuela Cortazar de Cervantes, María Carmen Pesado, María Guadalupe Peña, María Guadalupe Escandón de Escandón y María Dolores Barron de Rincón Gallardo, presentaron al Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo de México, Doctor Don Próspero María Alarcón, una corona de oro que será impuesta á la muy venerable Imagen de Santa María de Guadalupe.

El Ilustrísimo Señor Arzobispo, después de bendecir la misma corona, la entregó al Venerable Cabildo de Canónigos, quienes, conforme al ritual prescrito prestaron juramento solemne de de-

fender y custodiar la misma corona y de conservar la Sagrada Imagen Guadalupeana constante y perpetuamente coronada. Todo lo que con la corona de oro se hizo, del mismo modo fué hecho con otra de plata que ofrecieron doce Señoritas huérfanas de Madre, pertenecientes á las principales familias de la República Mexicana, á saber: María de la Luz Díaz, María Escandón, María Dolores Elguero, María de la Concepción Roa, María de los Angeles Lascurain, María Guadalupe Rincón Gallardo, María Guadalupe Caballero, Sahara Vivanco, María de la Concepción Escudero, Paz Fernández del Castillo, Matilde Cervantes y Eugenia (1) Juanes.

Nosotros, los Notarios Públicos, en alta, clara y distinta voz, leímos este documento y lo suscribimos ante los testigos, quienes también lo firmaron el día y año antes expresados.—J. M. Villela,—Mannel Monterrubio y Poza.—Leopoldo Díaz.—Luis A. Aguilar."

Estaban aún los Señores Obispos en sus respectivos sitials, cuando los Señores Notarios pasaron á recoger sus firmas, las que pusieron con una pluma de oro.

A la una de la tarde, en uno de los Salones anexos á la Iglesia hábilmente convertido en comedor, se sirvió un Banquete con el que el Ilustrísimo Señor Abad Mitrado y el V. Cabildo de la Colegiata, obsequiaron á los Señores Obispos, y al que fueron invitados, el Cabildo de la Catedral, el Señor Secretario de Cámara y otras personas distinguidas, no sólo del Clero, sino Se-glares.

La mesa tenía la forma de T y en ella ocupaba el lugar de honor el Ilustrísimo Señor Arzobispo de México, á cuyos lados estaban los Ilmos. Sres. Arzobispos de Nueva York Mons. Michael A. Corrigan, á la derecha, y de Santiago de Cuba, Mons. Francisco Saenz de Urturi, á la Izquierda.

La mesa fué dispuesta por la Casa Recamier, tan acreditada en este ramo.

Llegada la hora de los brindis, hicieron uso de la palabra, el Ilmo. Sr. Obispo de Colima, Dr. D. Atenógenes Silva, el Ilmo. Sr. Arzobispo de Oaxaca, D. Eulogio Guillow, quien habló en Inglés y tradujo sus palabras al Español; el Ilmo. Sr. Arzobispo de Québec, L. N. Bégin, Coadjutor del Cardenal Taschereau, en Francés; el Ilmo. Sr. Arzobispo de Santiago de Cuba, D. Francisco Saenz de Urturi en Español; el Ilmo. Sr. Arzobispo de Nueva York, Mons. Michael A. Corrigan, en Inglés; el Ilmo. Sr. Abad D. Antonio Planarte y Labastida; cerrando los brindis el Ilmo. Sr. Arzobispo de México, Dr. D. Próspero M. Alarcón.

(1) El nombre de esta Señorita, no es Eugenia sino Eufemia; y lo hemos dejado, por no alterar el documento que lo contiene, á la vez que para llamar la atención sobre esta inexactitud.—Nota del Autor.

Poco antes de que terminara el banquete se presentaron en el Salón el Sr. D. Eduardo Velázquez, Jefe Político de Atzacapotzalco, á cuya jurisdicción pertenece la Villa, y el Sr. Lic. D. Francis J. Osorno, Juez 1.º del Ramo Criminal en Méjico, y Presidente Municipal de la Villa; y el primero de dichos señores pronunció un brindis.

Fueron objeto de dicho brindis, S. S. León XIII, S. M. la Reina de España, el Ilmo. Sr. Abad D. Antonio Planarte y Labastida, el Señor Presidente de la República; los Prelados Extranjeros, el placer que á todos anima por el brillante éxito de la Coronación. También se expresó la idea de aclamar á nuestra Augusta Guadalupe, Patrona de las Américas, y se consagró un recuerdo al Ilmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos.

Terminado el Banquete, los Señores Obispos pasaron al templo, cuyas puertas estaban cerradas, para verlo con la atención que no habían podido consagrarle en las ceremonias religiosas, y admirar de cerca la corona; y antes, firmaron el siguiente interesante documento:

"Quum jam Sacrorum Austites qui interfuerunt solémnibus quibus Beata Diego Guadalupensis, Tuo nómine et autoritate auro deademate est redumtia quod nulla unquam ætas mexicanis fastis est obliteratura sunt ad snas reversuri; ante quam México vale dicant nihil illis potius fuit, quam ut Santitati Tue publicum et solemne testimonium observatæ et omnimode subiectionis proferant que omnia Santitati Tue volunt, fausta que que ad precantes.

Santitatis Tue.
Mexici III id. Octob MDCCXCV.

El aspecto que presentaba la Villa era alegre, risueño, conmovedor, y en todas partes se retrataba el regocijo.

En las puertas del templo, multitud de vendedores que voceaban oraciones, versos, imágenes y periódicos que trataban del suceso reciente y memorable; cuyos periódicos en el acto se agotaron, sin embargo de que los vendedores, aumentaron á su voluntad el valor de ellos.

Los portales y la plaza, estaban llenos de fondas ambulantes, las que no bastaban para contener á los que acudían á ellas, y de los que muchos comían sobre el suelo.

Las gentes, como oleadas incesantes, llenaban las plazas, ocupaban los caminos, coronaban el cerro, invadían las rampas, y sin cesar aumentaban en número por las que llegaban en los coches de la línea urbana.

Todos los balcones tenían cortinas más ó me-